

## Pegaso y Juan

Andy Alexander Mardones

Había una vez un niño llamado Juan que tenía catorce años y vivía con sus abuelos en la cordillera Darwin. Su abuelo Ulises subía todos los días a la cordillera a buscar vacas asilvestradas. La abuela Rosa se dedicaba al cultivo de diferentes vegetales y plantas medicinales. Juan siempre quiso acompañar a su abuelo, pero Ulises no se lo permitía, porque era muy peligroso y no tenía más que un caballo.

En una ocasión en que Juan paseaba por el campo, aburrido, esperando a su abuelo, escuchó un relincho, se asomó y vio un hermoso potro, blanco como la nieve. Sigilosamente se acercó y notó que el caballo no se espantó, por el contrario, lo miraba y parecía sonreír. Logró tocarlo y acariciarlo mientras le hablaba. Así paso un largo rato, pero Juan debía volver, se despidió y se encaminó a casa.

En los siguientes días, Juan llegaba cada tarde al mismo lugar y ahí estaba el caballo. Decidió ponerle nombre: Pegaso. Le hablaba, parecía entenderlo. Luego de una semana, Pegaso lo siguió a su casa, entonces Juan quiso intentar montarlo, y para su sorpresa, no hubo problema, Pegaso lo aceptó como jinete. Como Juan ya tenía caballo le pidió a su abuelo poder acompañarlo, él aceptó, pero le advirtió que tuviese mucho cuidado, sobre todo, en las bajadas, pues eran muy resbalosas.

Esa tarde, al retornar a casa con las vacas, una de las últimas bajadas estaba más resbalosa de lo habitual y una de las vacas atropelló a Pegaso. Juan cayó, la vaca furiosa quiso embestir a Juan, pero Pegaso se interpuso y recibió la embestida. Desde el suelo la pateó, se levantó y la correteó hacia la cordillera, pero luego se desplomó. Ulises fue a buscar a su nieto que salió corriendo tras el caballo, pero su abuelo le dijo que era tarde, Pegaso estaba muerto, y debían volver rápido antes de que cayera la noche. Juan se subió al anca, muy apenado, y lloró todo el viaje de regreso.

Por varios días Juan estuvo muy triste y casi no salió de la casa.

Un día, Juan despertó con un relincho, al asomarse vio a Pegaso. Salió corriendo, ¡era su caballo! Al abrazarlo vio que tenía una herida sin sanar. Su abuela que

salió detrás de él, al ver la herida fue a su huerta donde tenía las plantas medicinales y le preparó un implasto de matico, con el que en unos días se mejoró totalmente.

Desde entonces, Juan sintió aún más aprecio por los caballos, que son fieles amigos, y jamás se separó de su gran amigo y salvador Pegaso.